

EL CRISTIANISMO EN DIÁLOGO

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD ABIERTA

Emilio Rodríguez Ascurra

Eduardo Casas



X CRUCE



Casas, Eduardo

El cristianismo en diálogo, hacia una espiritualidad abierta / Eduardo Casas ; Emilio Rodríguez Ascurra. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : PPC Cono Sur, 2016.

144 p. ; 12 x 19 cm.

ISBN: 978-987-740-172-1

1. Cristianismo. I. Ascurra, Emilio Rodríguez II. Título
CDD 230

Título: El cristianismo en diálogo - Hacia una espiritualidad abierta

Autores: Emilio Rodríguez Ascurra - Eduardo Casas

ISBN: 978-987-740-172-1

© 2016, Emilio Rodríguez Ascurra - Eduardo Casas

© 2016, PPC Argentina S.A.

PPC Cono Sur

Av. Callao 410, 2º piso

C1022AAR - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

ventas@ppc-editorial.com.ar

Primera edición: julio de 2016

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Esta tirada de 500 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de julio de 2016 en FP Compañía Impresora S.A. - Beruti 1560 - Florida (1602) - Buenos Aires - Argentina

Libro de edición argentina / *Made in Argentina*

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO

ÍNDICE

UN DIÁLOGO PARA PENSAR EL DIÁLOGO, Emilio Rodríguez Ascurra	7
1 Crisis de religiones y resurgimiento de espiritualidades	
Sinopsis	9
Entrevista y diálogo	9
2 Cristianismo en el siglo XXI, una voz que clama en el desierto	
Sinopsis	31
Entrevista y diálogo	32
3 Hacia la integración de una experiencia religiosa plural	
Sinopsis	64
Entrevista y diálogo	64
4 Actitudes pastorales de inclusión religiosa	
Sinopsis	94
Entrevista y diálogo	94
5 Francisco, el Papa de la Iglesia-Comunión en un mundo pluralmente religioso	
Sinopsis	105
Entrevista y diálogo	106
EPÍLOGO PLURAL, Eduardo Casas	139
SIGLAS DE LOS DOCUMENTOS ECLESIALES CITADOS	141

Emilio Rodríguez Ascurra es argentino y se ha desempeñado, desde muy joven, en el campo de las comunicaciones sociales. Estudió Filosofía en la Universidad Católica de La Plata (Argentina). Ha sido columnista en *Religión Digital* (España), en la *Revista On-Line* de la editorial San Pablo Argentina y en *YOCREO.COM*. Autor de las reflexiones dominicales para el sitio web *Mater Admirabilis*. Ha tenido la oportunidad de reportear a numerosos obispos, sacerdotes y referentes religiosos de su país y del mundo, como por ejemplo, Monseñor Miguel E. Hesayne, P. "Pepe" Di Paola, y de entrevistarse con el por entonces Cardenal Jorge Mario Bergoglio, Anselm Grün y Jacques Phillipe, entre otros. Actualmente se desempeña como Profesor de la Universidad Católica de La Plata y columnista de *Cadena Buenos Aires* y *Diario Platense*, al tiempo que realiza su Licenciatura en Periodismo.

Eduardo Casas es argentino, sacerdote diocesano de la Arquidiócesis de Córdoba, docente, escritor, poeta, conductor y productor radial. Ha publicado los siguientes libros: *Un siglo que busca su propia interioridad*, *El lado humano de la fe*, *El lado espiritual de lo humano*, *Espiritualidad de la madurez humana* de Editorial Santa María; *El diseño de la clave pastoral de la escuela* y *El diseño y la construcción del Ideario, del PE y del PC en clave pastoral* de Editorial JAEC y *Entrelíneas, la vida es un texto* de Editorial SB. Participó, en colaboración, en la redacción del libro *Francisco: De la periferia del mundo al corazón de la humanidad* de Editorial Gráfica del Sur y en los libros *Revelaciones. Poesías, Letras del Face. Cuento y Poesía* Tomo 3, *Letras del Face. Cuento y Poesía* Tomo 6, *Vestigios de la vida, Lo que quieras decir* y *Tragedias poéticas II* de Editorial Dunken. Estuvo presente en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires en los años 2012 y 2015. En 2014, la Fundación César Egido Serrano y el Museo de la Palabra de Quero, Toledo (España) lo nombraron Embajador de la Palabra en la Argentina con motivo de celebrarse el 23 de Noviembre Día de la Palabra como Vínculo de la Humanidad. En 2015, recibió el premio internacional Ana María Agüero Melnyczuk por su ensayo *La posibilidad del amor imposible en la Divina Comedia de Dante*. Ha publicado numerosos artículos de teología, espiritualidad y pastoral educativa y ha tenido diversos programas radiales: "Espiritualidad para el siglo XXI", "Arquetipos", "Entrelíneas" y "Tiempo de interioridad" por distintas emisoras de la Argentina. Es asesor de diversos organismos, profesor de teología dogmática en distintos centros de estudios y coordinador del seminario "Humanización del perfil profesional" en la Facultad de Medicina de Universidad Católica de Córdoba. Fue Perito de la Comisión Fe y Cultura de la Conferencia Episcopal Argentina. En su desempeño pastoral está actualmente abocado a la pastoral educativa, a la docencia y a los medios de comunicación. Tiene su propia página web donde hay más de 350 artículos de espiritualidad y contenidos de sus programas radiales, su Fan Page de Facebook, su propio canal en YouTube con más de 135 videos de contenidos de sus producciones. Se lo puede encontrar también en Twitter, Instagram, SoundCloud, Ivoox y Google+. Su perfil y producción se encuentra en www.eduardocasas.blogspot.com, Wikipedia y Wikia-Biblioteca virtual de literatura.

PRÓLOGO

UN DIÁLOGO PARA PENSAR EL DIÁLOGO

Hablar sobre la fe no es tarea sencilla, pensarla menos aún, y entenderla es casi imposible. Así se presentó este desafío que asumimos con Eduardo Casas casi como de casualidad, luego de algunas charlas en la ciudad de Córdoba, y como consecuencia de una vocación en común: hablar a los demás de Dios y a Dios de los demás.

Este proyecto que empezó casi como una charla de tiempo libre se fue transformando lenta y progresivamente en un compromiso para con cada uno y para con los futuros lectores, pues de nuestras propias motivaciones e interrogantes deseábamos sacar algo en limpio para compartir con todos aquellos que se hacen las mismas preguntas.

No es un texto de eruditos ni para eruditos, sino la experiencia plasmada en varias páginas, de dos personas que desde sus vocaciones y actividades diarias hablan con Dios y quieren compartir esa vivencia con otros. Eduardo Casas, sacerdote, es uno de esos que habla desde el corazón, pues nada hay en sus palabras que antes no haya sido rumiado en su interior, al tiempo que no solo ofrece toda su sabiduría sino que se entrega a sí mismo en cada actividad, con convicción y pasión.

En este camino a través de la verdad, en este diálogo entre un sacerdote y un joven filósofo, no solo deseamos dar por descontado que la fe y la razón pueden caminar juntas en una búsqueda común, sino también que en la dinámica entre la sabiduría y la vivencia de lo cotidiano podemos llegar a vislumbrar el gran horizonte que nos abre la fe.

A lo largo de los cinco capítulos que componen este libro hemos abordado diversas temáticas, siempre desde una perspectiva hermenéutica, es decir, de interpretación a partir de la realidad vivida y de la fe celebrada. En ellos, temas como la inmensa amalgama de espiritualidades que nos rodean, la *New Age*, el desafío de lo plural, la presencia de la Iglesia en la sociedad actual, hasta llegar al viraje latinoamericano del pontificado de Francisco, hacen de estas páginas un auténtico itinerario en el que cada capítulo merece ser repensado a cada momento.

El lector es parte fundamental de este libro, pues si bien se trata de motivaciones personales, como antes se ha mencionado, la intención es ofrecer a modo de diálogo, haciendo así más amena su lectura, preguntas y respuestas que sean disparadoras de otras propias, al tiempo que encuentre definiciones que le ayuden a vivir su fe y a entenderse como creyente en medio del entramado espiritual en el que estamos inmersos los hombres y mujeres del siglo XXI.

EMILIO RODRÍGUEZ ASCURRA

1

CRISIS DE RELIGIONES Y RESURGIMIENTO DE ESPIRITUALIDADES

Sinopsis

En este capítulo se plantea la cuestión de la respuesta integral a la necesidad religiosa del ser humano. Se contempla el fenómeno de la crisis de las religiones tradicionales y el resurgimiento de nuevos modos de experiencias espirituales dentro de las propuestas históricas. Además se considera la problemática del sincretismo religioso, la *New Age* y la actitud de la Iglesia respecto a estos aportes.

Entrevista y diálogo

1. Vivimos en un mundo en el que confluyen la diversidad y la pluralidad junto a la tradición y a los valores culturales de Occidente, esto requiere cada vez más una actitud de apertura al otro y a lo otro en tanto camino de encuentro con los demás. Sin embargo, esto no siempre ha sido así y aún hoy esta tarea continúa siendo un desafío a afrontar con decisión y valentía. Esta complejidad del pluralismo religioso y espiritual: ¿qué desafíos y oportunidades contiene para aquellos que creen?

El pluralismo religioso es un tema y una realidad muy complejos. Si bien las diferencias que existen entre religiones y búsquedas espirituales son notables, también es preciso descubrir que las afinidades ocupan un lugar importante. Existe actualmente un respeto creciente entre las distintas formas de vivir la religiosidad ya que involucra a cada persona en lo más profundo de sus convicciones, valores, criterios, comportamientos y actitudes.

La diversidad es una dimensión de la riqueza de la condición humana. Es también un hecho, una realidad, un derecho y una necesidad. Nos ofrece una riqueza de posibilidades y posee un gran potencial creativo. En este presente no vivimos en un solo *universo religioso* sino en un *pluriverso religioso*, una diversidad convergente y simultánea de religiosidades y espiritualidades.

Esta riqueza no se da solo en este presente. Si contemplamos el pasado de las religiones comprobaremos que es un largo viaje por el espacio (geografía) y el tiempo (historia) descifrando las huellas del ser humano en su búsqueda de Dios por las diferentes culturas. Allí se manifiestan la gran creatividad mítica, imaginación sapiencial, posibilidad ética, simbólica y ritual de la humanidad indagando en los caminos de la salvación, tanto inmanentes como trascendentes. Aparece la pluralidad de manifestaciones de lo divino, lo sagrado y el misterio.

La historia de Occidente ha mostrado a través de experiencias dramáticas, el daño y la injusticia cometidos cuando una autoridad se siente legitimada a imponer sus propias convicciones religiosas. También hay que considerar, por otro lado, aquellas ideologías

que han rechazado las religiones por considerarlas decadentes y opresoras.

En la actualidad, la diversidad religiosa no constituye una amenaza contra la vivencia y el desarrollo de la propia religión. Todo lo contrario: es una ventaja que enriquece. En un mundo globalizado, nadie debe recluirse, cerrándose en su propia tradición y creencia. La riqueza de la unidad contiene esencialmente la diversidad, tal como la fe cristiana lo fundamenta desde el mismo misterio de Dios Uno y Trino. Unidad de naturaleza divina que conlleva la pluralidad de Personas: Padre, Hijo y Espíritu.

Es por ello necesario aprender a superar las barreras culturales y reconocer la unidad profunda de las tradiciones religiosas y espirituales bajo formas culturales, míticas y simbólicas diversas. Frente al pluralismo religioso estamos llamados a realizar los siguientes desafíos y oportunidades históricas: actitud de reconciliación, reparación, pedido de perdón por los abusos, tolerancia, respeto, encuentro, diálogo, acompañamiento y comunión. ¿Si esto no lo pueden lograr las religiones, entonces quién?

2. Muchos pensadores hablan de una crisis de las religiones o creencias tradicionales y el surgimiento de “*sustitutos espirituales*”. En Europa es normal escuchar hablar de un grave proceso de secularización, América Latina –aunque en su gran mayoría es católica– ha abandonado el puesto de “*continente de la esperanza*” para darle lugar a África. También acontece una especie de religiosidad de las formas en la que se sigue sosteniendo una vivencia pública

de la fe aunque solo en sus formas o prácticas rituales, mientras que la vida cotidiana va por otro lado. Algo así como “religiosos a medio tiempo”, ¿a qué se debe esta situación?

Ciertamente muchos hablan de la crisis de las religiones tradicionales o históricas. Este fenómeno está unido a otro del cual es *como su reverso, la otra cara*, ya que también culturalmente se advierte que algunas búsquedas religiosas tienen gran poder de atracción. En nuestras sociedades se da, simultánea y paradójicamente, una enérgica crítica a las religiones instauradas y –a la vez– un fuerte crecimiento del interés por nuevas expresiones espirituales y religiosas. Si reflexionamos sobre esta actitud, aparentemente contradictoria, podemos advertir fenómenos sociales interesantes.

Hay que hablar tanto de crisis como de resurgimiento. El mito del Ave Fénix bien puede graficar lo que estoy diciendo. Hay cenizas que posibilitan un nuevo resurgimiento. Este fenómeno religioso presenta una cierta ambigüedad ya que convive, además, con el escepticismo, el agnosticismo, el secularismo, la indiferencia religiosa y la increencia, por un lado y la credulidad, el sincretismo religioso y las nuevas búsquedas y expresiones espirituales, por otro.

Primero me detendré en la crisis de las religiones convencionales para luego pasar al surgimiento de las nuevas expresiones espirituales.

La crisis de la religión provocada por el pluralismo religioso es tanto teórico-teológica como práctico-experiencial. Sabemos que toda institucionalización hoy ha caído en descrédito, incluidas las grandes religiones históricas en las que se encuentra el cristianismo.

Para la sociedad posmoderna hay un nivel de visibilidad, organización y estructura que resulta demasiado compleja y que, a menudo, más que una mediación, se convierte en un obstáculo; más que un puente se constituye en una muralla para aquellos que buscan una experiencia interior más humana, genuina, simple y despojada. La modernidad ha visto el duelo, entre otras realidades, de dos figuras clave: la nación y la religión. Hoy la política y la economía son los ejes de la norma social imperante, rigen las vidas de las personas y sociedades.

Las verdades, creencias y principios con pretensiones absolutas en la orientación de los proyectos de vida en relación a la profesión, familia, sexualidad, salud, enfermedad, sentido total de la existencia y de la muerte, ya no interesan demasiado. La espiritualidad se ha vuelto autónoma respecto a la religión. Se desea una espiritualidad libre de sumisiones, sin afiliación a iglesias o credos.

La secularización no es necesariamente atea o indiferente, religiosamente hablando. La Posmodernidad ha generado una *espiritualidad no religiosa*, una interioridad aconfesional, laica, sin creencias, fomentadora de la convivencia, la tolerancia y el respeto hacia la diversidad y multiplicidad de opciones religiosas simultáneas, incluso si uno lo desea. Una religiosidad más allá de las religiones, de la moral y de las prescripciones.

Hoy la relación entre fe, religión, espiritualidad, moral y ética es totalmente diversa a la de otras épocas. El nexo entre ellas ha sido históricamente muy fuerte. El monopolio de la espiritualidad, la moral y la ética lo ha tenido casi siempre la religión. En el

presente, las nuevas búsquedas espirituales y éticas remiten a otras significaciones, no necesariamente confesionales que enriquecen el sentido de lo moral y lo ético, más allá de lo meramente religioso. Con la secularización, en algún punto, todo se ha vuelto más humano y esto constituye algo a favor.

En la actualidad, observamos además que la vida humana va perdiendo su sacralidad, en gran medida porque la realidad ya no requiere de ideologías y utopías. La sacralidad –nacida del sentido religioso– ha sido reemplazada por la defensa de la dignidad y los derechos humanos, promovidos desde el sentido personal y social. Esto no está mal. Lo que tenemos que lograr es descubrir que no son excluyentes: la sacralidad y la humanidad, al contrario.

En el presente crece tanto la increencia como la credulidad, la superstición y el pensamiento mágico. Es significativo advertir el aumento de la increencia, por un lado, y de la credulidad, por otro.

La increencia, el escepticismo y la indiferencia se dirigen fundamentalmente hacia las religiones institucionales, mientras que la credulidad se intensifica subjetivamente, en el campo de lo emotivo-experiencial, en la conformación de pequeños grupos con lazos flexibles y libres, conformados por buscadores no necesariamente creyentes, atentos y respetuosos al aporte y a la riqueza de las tradiciones religiosas resignificadas a partir de múltiples relecturas actuales, haciendo patente que la sabiduría que viene de las formas religiosas del pasado se constituye en tesoros del patrimonio común de la humanidad para el cultivo de la calidad humana, donde el contacto con los grandes maestros, textos y tradiciones estimula la búsqueda personal,

aceptando su calidad de fuentes de sabiduría y abandonando sus formas, creencias y mecanismos de sumisión, exclusivismo y exclusiones, sus estructuras rígidas, dogmas, leyes y mandatos.

En verdad, no interesan tanto las religiones como tales sino la posibilidad humana de sentido existencial y la resignificación de los valores humanos que ellas brindan. Esto conlleva un gran reto de adaptación y de humanización de las religiones ya que, con mucha frecuencia, por diversas razones, se pueden convertir, con el paso del tiempo, en sistemas simbólicos monolíticos, endurecidos, exclusivos y excluyentes.

Además, en la fragmentación actual, los sistemas simbólicos religiosos son tantos como las culturas. La creencia entra de lleno en el espacio de la experiencia. Las religiosidades múltiples de hoy no se estructuran y funcionan conforme a los ejes clásicos del *más allá-más acá, trascendencia-inmanencia, divinidad-humanidad* sino sobre ejes horizontales donde juega otro tipo de oposiciones: *sentido-no sentido, vida-muerte, salud-enfermedad, bienestar-malestar, unidad-dualidad, sensibilidad-racionalidad, integrado-no integrado*, etc.

Hoy, el pluralismo religioso propone abandonar el *inclusivismo* para pasar al paradigma *pluralista*, lo cual implica el reconocimiento de todas las religiones como caminos de Dios sin la mediación o la reducción centralizadora del cristianismo como se ha comprobado muchas veces en los dos milenios de su historia: el principio del *extra Ecclesiam nulla salus* ("fuera de la Iglesia no hay salvación") interpretado –a lo largo del tiempo– tanto exclusiva como inclusivamente.

Además es preciso considerar el pluralismo religioso y su inclusión en el plan de Dios, la aceptación de

todas las religiones y la renuncia a la categoría de *Pueblo elegido* e incluso la reconsideración de un fuerte cristocentrismo absoluto del dogma cristológico y el surgimiento de otro sentido para la misión eclesial, la evangelización y la inculturación en nuevas sociedades, entre otras realidades.

La historia nos enseña que muchas religiones han existido al menos hace cuatro mil quinientos años y que las sociedades monorreligiosas, tienden –con el tiempo y el ejercicio del poder– a la pretensión de autoerigirse y presentarse como camino único, ignorando la existencia de otros accesos posibles, descalificándolos o condenándolos, considerándolos negativamente como religiones falsas y erróneas, naturales y –por lo mismo– sin valor salvífico.

La actual situación social de *pluralismo religioso*, en cambio, es históricamente inédita, nueva para la mayor parte de las religiones, nacidas en ambientes de homogeneidad y unicidad. Estamos pasando de un pluralismo negado –tenido como negativo– a un pluralismo aceptado y apreciado como positivo, querido por Dios. Se va transitando de un *pluralismo de hecho* a un *pluralismo de principio*.

El cristianismo pasó –con el movimiento ecuménico e interreligioso– del paradigma del *exclusivismo* al del *inclusivismo*. En la actualidad estamos sumergidos, de lleno, en el paradigma del *pluralismo*. Esto supone dejar de ser la religión oficial para convertirse en una más, abandonando el estatuto privilegiado de unicidad y absolutismo de pretensión mesiánica y asumiendo un rol de humildad, colaboración, diálogo y coparticipación en el conjunto de las religiones y culturas.

Desde la nueva visión pluralista, todas las religiones son valiosas y –a la vez– limitadas, necesitadas de mutua complementación, conocimiento, diálogo e interacción. Este cambio supone una verdadera conversión, una crisis de adaptación: renunciar a privilegios y derechos. Además, teológicamente hay muchas concepciones por revisar.

Entre las primeras figura el modo cómo se entiende la revelación divina ya que esto se ha traducido, muchas veces, en una perspectiva fundamentalista, postulando que no se puede revisar, ni tocar nada de la religión porque es Dios mismo y su revelación los que lo ha mandado.

Las nuevas nociones teológicas acerca de la revelación permiten repensar todas las posturas fundamentalistas. También la categoría, muy utilizada, de *Pueblo elegido* pierde aceptación debido a la conciencia de exclusivismo que ha generado. El dejar de ser *elegidos* propone una relectura de todo desde otro lugar, asumiendo humildemente una sana relatividad sin competencias.

La visión clásica tradicional del *exclusivismo* y la perspectiva reciente del *inclusivismo* religioso permiten –al cristianismo– revisar el fuerte *inclusivismo cristocéntrico* que ha sostenido. Se ha marcado durante mucho tiempo que Jesús es el centro decisivamente único de la salvación de toda la humanidad y, aunque se dan elementos salvíficos en otras religiones estos no son sino presencias de la misma y única salvación de la gracia otorgada por Jesús.

Hoy, la pluralidad multirreligiosa pide dar un nuevo paso adelante, admitiendo que la salvación no solo se da fuera y más allá del cristianismo sino que procede

del Dios único y verdadero, permitiendo una nueva comprensión de Jesús y su mediación, la cual no es absolutamente normativa para todos de la misma manera y de una única forma. Esto no significa restarle importancia a Jesús sino reconsiderarlo de un nuevo modo en función de las demás religiones y de la verdad que estas conllevan. Sigue siendo igual de importante para los cristianos, aunque se admite –y esto ha llevado siglos– que para las demás religiones, la figura de Jesús se ubica en otro lugar.

Esto impacta, además, en el surgimiento de una nueva eclesialidad donde el eclesiocentrismo también va siendo dejado de lado ya que esto constituyó la expresión histórica de unicidad e incluso de poder de la Iglesia. El modelo de cristiandad entró profundamente en crisis con el Concilio Vaticano II.

Los nuevos paradigmas globales han provocado de una manera inédita el encuentro entre las religiones, creando un horizonte que posibilita y provoca la re-conceptualización de sí mismas.

En cualquier cultura hay religión y, si la cultura cambia, la religión cambia también. Las religiones tienen futuro aunque no necesariamente con la misma fuerza de estructuras institucionales tal como las conocemos hoy.

El concepto de *tradición religiosa* también se ha revisado ya que forma parte de la creación de las estructuras formales y visibles a través del tiempo, las cuales lentamente cambian en religiones milenarias como el cristianismo y especialmente el catolicismo, en particular. Sin embargo, no es históricamente imposible, como vemos que va aconteciendo. Las estructuras no forman parte de ningún dogma religioso. Son

meramente configuraciones de funcionamiento que expresan institucionalidad.

Jesús no fundó ninguna religión según el modo habitual como lo hubiera hecho cualquier reformador religioso de su época. La creación y la fundación que realizó Jesús las hizo casi sin que sus propios discípulos fueran muy conscientes de ello. De hecho, tuvieron que reinterpretar después los dichos y hechos de Jesús a la luz del desenlace de su misión. Jesús lo hizo casi sin que nadie se diera cuenta que estaba –en ese momento– construyendo un modo y un estilo nuevos de religión. Incluso la esencialidad de su fundación poco tiene que ver con la institucionalidad, la tradición, las leyes y las estructuras. Al contrario, quiso diferenciarse del judaísmo de origen. Puso lo esencial y dejó que sus discípulos luego se adaptaran a la diversidad de culturas.

El cristianismo de los orígenes fue una religión de minorías en la globalización del Imperio Romano. A lo largo de los siglos, sufrió transformaciones y purificaciones históricas que le permitieron subsistir, asumiendo nuevos paradigmas de inculturación. En la actualidad, especialmente el catolicismo (en cuanto Iglesia institucional) sufre una saludable crisis y una compleja transformación: crisis de visibilidad, funcionalidad, estructura y organización. Unida a una profunda crisis simbólica por todo lo que representa en las diversas relecturas histórico-sociales y religiosas. El cristianismo tiene futuro si es capaz de generar –en fidelidad al Espíritu de Dios– una nueva espiritualidad conforme al siglo XXI en medio de los escenarios del *pluralismo religioso* emergente. Cuando la institución y las estructuras deben transformarse en ámbitos comunitarios y personales mucho más sencillos y humanos

donde las personas y sus vidas tengan protagonismo testimonial.

El desafío pastoral es enorme en la Posmodernidad, ya que los interlocutores del diálogo son muchos y distintos: multirreligiosidad, diálogo intrarreligioso, interreligioso, ecumenismo, nuevas búsquedas y expresiones espirituales y religiosas, indiferentismo religioso, agnosticismo, escepticismo, secularismo, ateísmo y diversos estilos de neopaganismo sincretista e intercultural.

3. Siguiendo por este camino, entonces, el *pluralismo religioso* representa un gran desafío para las religiones tradicionales, en el que la diversidad debe enriquecer la vida de los pueblos y sus culturas; ¿esto es así?

Ciertamente es un serio y complejo desafío pastoral, teológico y espiritual. Hay que vivirlo como una oportunidad y no como una amenaza. Es preciso dar el paso de la diferencia como amenaza a la diversidad y como desafío.

El pluralismo del fenómeno religioso, en el siglo XXI, es un tema muy complejo. Si bien las diferencias entre las religiones existen, también hay notables afinidades y un respeto creciente entre las distintas formas de creer, pensar y sentir la experiencia religiosa.

El camino del diálogo ecuménico e interreligioso ha contribuido indudablemente tanto a la pluralidad como a la unidad. El ecumenismo motiva toda iniciativa que fortalece un mayor diálogo, encuentro y unidad entre las confesiones cristianas. El diálogo interreligioso se realiza, en cambio, entre diferentes

religiones, tanto entre las que reconocen su origen en el Patriarca Abraham –judaísmo, islamismo y cristianismo– como así también otras religiones.

Este diálogo nos hace caer en la cuenta de que la diversidad es parte de lo humano y que se manifiesta –también y sobre todo– en la dimensión religiosa. La diversidad religiosa no constituye una amenaza contra la vivencia y el desarrollo de cada una de las religiones en particular. Todo lo contrario: es una ventaja para el mutuo enriquecimiento.

Solo cuando se reconoce la unidad aparece la riqueza de la diversidad. Este es un tiempo de complementación de las variadas expresiones religiosas. En ellas hay valores en común con nuestra fe. Algunos elementos ciertamente pueden y deben ser asumidos. En otros casos, dialogar con ellas no significa, necesariamente, adoptar sus expresiones. Es preciso saber distinguir el fondo de estas búsquedas y los modos en que las mismas se expresan. No hay que ignorar lo que el Espíritu de Dios suscita verdaderamente dentro y fuera de la Iglesia.

4. El filósofo argentino Juan José Sebreli, en el primer capítulo de su libro *Comediantes y mártires. Ensayo contra los mitos* señala que “en el mundo contemporáneo, con el retorno de los mitos bajo formas populares, el politeísmo se hizo patente. (...) En algunos casos el culto apócrifo se mezcla con elementos cristianos”¹: ¿es el sincretismo religioso

¹ J. J. SEBRELI. (2008²). *Comediantes y mártires. Ensayo contra los mitos*. Debate. Buenos Aires: 16-17.

una propuesta que puede responder integralmente a la necesidad religiosa del ser humano?

El sincretismo –en general– es la conciliación, fusión, asimilación, mezcla y simbiosis de doctrinas, puntos de vistas y prácticas distintas, sin pretensión de síntesis, ni coherencia interna sustancial, en un proceso de intercambio, generalmente espontáneo, entre tradiciones y corrientes filosófico-religiosas disímiles que tienen, sin embargo, algún punto en común.

Hay sincretismo filosófico, cultural, étnico y religioso, entre otros. El sincretismo religioso es una cohabitación de múltiples tradiciones espirituales que dan una nueva identidad la cual resulta de un camino de asimilación e interpenetración. En él las diferentes tradiciones no se cierran, en sus valores originarios, sino que se abren, aceptando y adquiriendo nuevas perspectivas y prácticas, desde vertientes diferentes, basándose en la creencia de que todas las religiones son básicamente iguales. Así, permiten la convergencia pacífica de componentes provenientes de diversos credos, tomando elementos prestados de variadas tradiciones y asimilándolos como propios.

Ciertamente el sincretismo religioso merece una actitud de profundo discernimiento crítico ya que no se puede juzgar en bloque y en general. No todos los elementos del sincretismo son perjudiciales, ni tampoco son todos necesariamente plausibles. Como dice el Apóstol San Pablo: “hay que discernirlo todo y quedarse con lo bueno” (*1 Tesalonicenses 5,21*).

No es conveniente, en este tema, hablar de peligro, riesgo o amenaza. El sincretismo es un desafío pastoral grande que plantea, entre otras cosas, una revisión

de lo que el catolicismo entiende por genuina *catolicidad* (*universalidad*) en un mundo de paradigmas plurales en todo, también en lo religioso. No es la primera vez que la Iglesia se plantea, a lo largo de su historia, el discernimiento de diversos sincretismos. Los enfrentó ya muy tempranamente en su historia.

Además es preciso considerar que, en toda verdadera inculturación del Evangelio, siempre se da un sano sincretismo. Ha sucedido así en todos los tiempos. En los orígenes del cristianismo ocurrió con las raíces judías, luego con el Imperio Romano, posteriormente con la cultura griega, posteriormente con Oriente y así sucesivamente hasta llegar al presente cuando aún continúan los procesos de diálogo y mixturación.

La diferencia entre un sano y legítimo sincretismo –producto de la inculturación– y un sincretismo de mera mezcla es que el primero se hace desde la identidad propia y todos los elementos que se asumen, enriquecen dicha identidad, sin convertirla en algo distinto a lo que ha sido originalmente. El sincretismo de la mera mezcla, en cambio, es solo una combinación de elementos que, en sí mismos, incluso hasta pueden ser extraños y no se incorporan necesariamente desde la identidad de base sino que se aglutinan por mera fusión, la cual hace las veces de identidad sustantiva de ulteriores combinaciones. En estos casos, este sincretismo –derivado del eclecticismo– deviene en una conjunción que es propiamente una mezcla de elementos dispares.

5. Aparece en este marco el fenómeno de la *New Age*, en la que surgen ciertas prácticas milenarias

adaptadas al momento histórico junto a otras que prometen salidas a las crisis existenciales, al estrés cotidiano o al *burn out*, como gustan llamarlo algunos, o cansancio existencial, en los que se mezclan técnicas de meditación, respiración, revaloración de una vida sana en sintonía con la naturaleza; ¿en qué consiste esta realidad y por qué atrae a tantas personas?

Para responder esta pregunta quisiera tomar como punto de partida un Documento del 6 de octubre de 2008 titulado “Jesucristo portador del agua de la vida. Una reflexión cristiana sobre la Nueva Era” del Consejo Pontificio de la Cultura y del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, el cual tiene una lectura profundamente crítica de la *New Age* y –aunque muy discretamente– también rescata ciertos elementos. Hubiera sido deseable que manejara más matices conciliatorios y, además, usara el mismo nivel crítico para con la propuesta espiritual y pastoral de la Iglesia, ya que en este punto, ciertamente, la praxis eclesial debe ser revisada en algunos aspectos. Tomo este Documento como una mirada inicial que debe ser posteriormente enriquecida y completada.

En dicho texto se afirma que *“la Nueva Era no es un movimiento en el sentido en que normalmente se emplea el término 'Nuevo Movimiento Religioso', ni es lo que normalmente se da a entender con los términos 'culto' o 'secta'. Es mucho más difuso e informal, ya que atraviesa las diversas culturas, en fenómenos tan variados como la música, el cine, seminarios, talleres, retiros, terapias y en otros muchos acontecimientos y actividades. Si bien algunos grupos religiosos o para-religiosos han*

incorporado conscientemente algunos elementos de la Nueva Era, sin embargo, no es un movimiento individual uniforme sino más bien un entramado amplio. Algunos se refieren a la Nueva Era como un 'ambiente' o un 'culto de audiencia'. Es una estructura sincretista que incorpora muchos elementos diversos y que permite compartir intereses o vínculos en grados distintos y con niveles de compromiso muy variados. Muchas tendencias, prácticas y actitudes, más o menos, vinculadas a la Nueva Era, en realidad son parte de una reacción más amplia.”²

La *New Age* puede considerarse un complejo sincretismo (sin que esto tenga connotaciones necesariamente despectivas o minusvalorativas) conformado, entre otros elementos, por nociones de teosofía, espiritismo, antroposofía, gnosticismo, eclecticismo, dualismo, esoterismo, orientalismo y pensamiento holístico, tanto de tradiciones antiguas como aportes posmodernos, todos reinterpretados para adaptarlos a la mentalidad occidental actual.³

El citado Documento señala que parece irónico llamar “Nueva Era cuando tantas ideas están tomadas de las religiones y culturas antiguas. Lo realmente nuevo es la búsqueda consciente de una alternativa a la cultura occidental y a sus raíces religiosas judeocristianas”.⁴

El atractivo que ejerce la *New Age* se debe –cultural y religiosamente– a varios factores: “la Nueva Era resulta atractiva sobre todo porque mucho de lo que ofrece sacia el hambre que, con frecuencia, las instituciones oficiales dejan insatisfecha. La Nueva Era atrae a

² cf. JPAV 2.

³ cf. JPAV 2,4.

⁴ cf. JPAV 3,1.

personas imbuidas de los valores de la cultura actual”;⁵ “la facilidad y la velocidad con que hoy podemos comunicarnos es una de las razones por las que la New Age ha atraído la atención de personas de todas las edades y ambientes”⁶; “y tiene que ver con el interés por el yo, su valor, sus capacidades y problemas que la cultura actual fomenta. Mientras que la religiosidad tradicional, con su organización jerárquica, se adapta bien a la comunidad, la espiritualidad no tradicional se adapta bien al individuo”⁷, lo cual “presenta un desafío a la Iglesia ya que muchos piensan que la religión cristiana no les ofrece –o tal vez nunca les proporcionó– algo que necesitan realmente. La búsqueda que, con frecuencia conduce a una persona a la Nueva Era, es el anhelo auténtico de una espiritualidad más profunda, algo que les toque el corazón, un modo de hallar sentido a un mundo confuso y, a menudo, alienante. Hay algo de positivo en las críticas que la Nueva Era dirige al materialismo de la vida cotidiana, la filosofía e incluso la medicina y la psiquiatría; al reduccionismo que se niega a tener en cuenta las experiencias religiosas y sobrenaturales; a la cultura industrial de un individualismo desenfrenado que inculca el egoísmo y se despreocupa de los demás, del futuro y del medio ambiente. Los problemas que plantea la Nueva Era nacen, más bien, de lo que propone como respuestas alternativas a las cuestiones vitales. Si no queremos que la Iglesia sea acusada de permanecer sorda a los anhelos de los hombres, sus miembros deben afianzarse con mayor firmeza en

⁵ cf. JPAV 1,1.

⁶ cf. JPAV 1,2.

⁷ cf. JPAV 2,4.

los fundamentos de su fe y escuchar el clamor, con frecuencia silencioso, del corazón de los hombres, que les lleva a alejarse de la Iglesia cuando no encuentran en ella respuestas satisfactorias. En todas búsquedas hay también una llamada a acercarse a Jesucristo y a estar dispuestos a seguirlo, ya que Él es el verdadero camino hacia la felicidad y la plenitud de vida”.⁸

La teología católica le presenta a la *New Age* serios debates que debe responder. Algunos de ellos son: ¿Dios es un ser con quien mantenemos una relación o algo que se puede utilizar, una fuerza que hay que dominar?; ¿hay un único Jesús o existen muchos?; ¿existe en el cosmos un único ser universal o hay muchos individuos?; ¿nos salvamos a nosotros mismos o la salvación es un don gratuito de Dios?; ¿nuestro futuro está predeterminado por la influencia astral o hay que cooperar para que nuestro destino sea construirlo?

No obstante estos interrogantes, la *New Age* resulta muy atractiva para muchos porque intenta otorgar un sentido global de la existencia: Dios, la persona, la historia, el mundo, la naturaleza, el cuerpo, la energía, etc. Se presenta como una *mística cósmica* basada en la toma de conciencia de un universo rebotante de fuerzas dinámicas. Además no pide ningún compromiso de transformación para con la realidad social sino que postula una unidad pacífica y armónica con todo: “*en cierto modo niega la historia y no acepta que la espiritualidad pueda tener raíces en el tiempo o en ninguna institución. Jesús de Nazaret no es Dios, sino una de las muchas manifestaciones del Cristo cósmico y*

⁸ JPAV 1,5.

universal”.⁹ Tampoco exige prescripciones que cumplir (mandamientos, preceptos, obligaciones, Magisterio, dogmas, tradiciones, rituales, etc.). No tiene normativas sino *sentidos*. No solicita enrolarse en ninguna institución visible de la religión, ni grupo. Es más bien una *filosofía* de vida, compatible con las realidades del diario vivir. Incluso hay quienes adhieren a la *New Age* y sus presupuestos y ni siquiera lo saben conscientemente.

Algunos –a este modo individualista de espiritualidad– lo ven “como una especie de narcisismo espiritual o pseudo-misticismo. En los días primeros del cristianismo, los creyentes en Jesucristo se vieron forzados a hacer frente a las religiones gnósticas. No las ignoraron sino que aceptaron el reto positivamente y aplicaron a Cristo los términos utilizados para con las divinidades cósmicas. (cf. Col 1, 15-20). Para los cristianos, la vida espiritual consiste en una relación con Dios que se va haciendo cada vez más profunda con la ayuda de la gracia, un proceso que ilumina también la relación con nuestros hermanos. La espiritualidad, para la Nueva Era, significa experimentar estados de conciencia dominados por un sentido de armonía y fusión con el Todo. Mística no se refiere a un encuentro con el Dios trascendente en la plenitud del amor sino a la experiencia provocada por un volverse sobre sí mismo, un sentimiento exaltante de estar en comunión con el universo, dejar que la propia individualidad se hunda en el gran océano del Ser”.¹⁰

En estos presupuestos, el cristianismo tiene que percibir los anhelos escondidos (y algunos ni siquiera

⁹ JPAV 3,1.

¹⁰ JPAV 3,3.

tan ocultos) que están en estas búsquedas, esa “especie de nostalgia de la unidad perdida”¹¹, esa frágil melancolía de la belleza insondable de Dios que desgarrar el corazón con sed de infinito y hambre de eternidad. En medio de tantas fragmentaciones y horizontes recortados, la esperanza nuevamente renace desde el intento de reconquistar esa hermosura olvidada y perdida, siempre antigua y nueva, entre el sufrimiento del mundo y la dignidad humana ultrajada.

6. Con suma claridad el Pontificio Consejo para la Cultura se ha referido a este estilo de prácticas espirituales y de vivencias esotéricas; ¿cuál es la postura de la Iglesia respecto a la *New Age*?

La actitud de la Iglesia oficial al respecto es la expresada explícitamente en el Documento citado. Lo dice concretamente, de manera taxativa y rotunda, sin dejar, lamentablemente, demasiado margen para el diálogo: “aún cuando se pueda admitir que la religiosidad de la Nueva Era, en cierto modo, responde al legítimo anhelo espiritual de la naturaleza humana, es preciso reconocer que tales intentos se oponen a la revelación cristiana”.¹²

Un antecedente de este Documento fue –en el año 1989– la “Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana”. Este Documento de la Congregación para la Doctrina de la

¹¹ Ídem.

¹² JPAV 1,4.

Fe lo firmó el entonces prefecto de dicha Congregación, el cardenal Joseph Ratzinger. En ese Documento se desarrolla una visión crítica sobre el aporte de las tendencias orientales en la espiritualidad y métodos de oración cristianos.

Si bien la teología tiene que ser crítica con la espiritualidad y la pastoral que conllevan ciertos contactos del cristianismo con antiguas y nuevas expresiones religiosas, no obstante, el modo como estas son dichas y propuestas manifiesta también el modelo de Iglesia desde donde son expresadas. Lo categorial, apodíctico y dogmático hoy suena autoritario. Lo conciliador e integrador resulta en el presente más inclusivo e integrador.

Es preciso reconocer, además, que tanto la *New Age* como muchas otras nuevas expresiones espirituales han contribuido –en el seno del mismo catolicismo– para revalorizar el anhelo de encontrar a Dios e interpretar su actuar providente, el deseo de una mayor fraternidad, la necesidad de recrear espacios de comprensión, contención y consolación de las personas, sus situaciones y problemas, revitalizando ámbitos comunitarios con modalidades más libres, espontáneas y afectivas, incorporando la sensibilidad y la corporeidad en el encuentro con Dios y con los demás, empleando un lenguaje religioso más sencillo, cercano y vital, dando importancia a los procesos de discernimiento, los gestos y el acompañamiento espiritual, sumando además –en consideración al mundo creado– un respeto por la naturaleza y los seres vivos desde la ecología.